

» hicieron historia, a su modo.

Juan Nepomuceno Moncada siguió los pasos de su padre en las armas y participó en la independencia de México, aunque tuvo una ambigua y cuestionable posición entre insurgentes y realistas. Terminó por *prestarle* su palacio al primer emperador, Agustín de Iturbide, borrando su apellido de la historia urbana de la ciudad, pues el Palacio de Moncada se convirtió en el Palacio de Iturbide.

El de María Guadalupe Moncada es un caso mucho más afortunado en todo sentido. Desde pequeña, se le instruyó en el arte del dibujo y la pintura y llegó a ser directora honoraria de ese ramo en la Real Academia de San Carlos. Es autora de la primera pintura firmada por ella misma, con su nombre de soltera, reiterando su autoría, incluyendo la palabra *fecit*, que solo se había reservado para el gremio de pintores.

Pedro de Moncada fue el padre de la primera mujer pintora que se asumió como tal en el virreinato más importante, en un mundo de autores exclusivamente masculinos. Aunque la relación padre e hija no era precisamente buena, la influencia de Pedro en la educación de sus hijos es indudable.

El 4 de mayo de 1773, el mismo día en el que el coronel se embarcó en la fragata *La Perla* rumbo a Europa, la Inquisición había decidido procesarle, pero nuevamente escapó, como el día en el que llegó a las tierras que marcaron su turbulenta vida. Después de haber sido exiliado de España y de Sicilia por expresar sus ideas liberales, eligió como destino final una villa entre Padua y Venecia.

En el equipaje que le revisaron antes

/ Pedro de Moncada aparece mencionado en la correspondencia entre Lord Byron y su editor, John Murray

/ El poeta inglés coincidió con el marqués en Italia, a donde el militar regresó tras pasar buena parte de su vida en México

de salir, llevaba cuatro textos escritos por él mismo: una traducción de Newton, dos ensayos dedicados a su hijo, Juan Nepomuceno, y un tratado sobre cómo domar las pasiones del alma, el único cuyo paradero se desconoce. A manera de prólogo, los ensayos que escribió para su hijo tienen un sentido mensaje que versa así: “Yo no escribo para agradar al público, sino para ser útil a tu instrucción (...) mis deseos, a pesar de la cruel situación en que me encuentro, son los más vivos, como son mis esfuerzos para proporcionarte la mejor educación posible”.

En uno de los ensayos, su *Tratado de Philosophia Moral*, hace un repaso por las civilizaciones antiguas, trazando una línea entre sus preceptos morales para demostrar su similitud; en el segundo ensayo, introduce a los filósofos griegos y romanos que han tratado el tema de la moral y hace una reflexión sobre la pertinencia de sus preceptos. En ambos textos, Moncada pone de manifiesto su erudición y un sofisticado uso del pensamiento crítico, muy moderno para la época, como la educación que pretendió para sus hijos.

María Guadalupe continuó su carrera artística y realizó un viaje por Europa durante varios meses, en el que, casi con seguridad, visitó a su padre y pasó una larga temporada en el Museo del Prado, posiblemente como copista, una actividad común entre los artistas durante todo el siglo XIX. Existen por lo menos tres pinturas de su autoría de las que se tiene noticia; una de ellas figura en la colección de la Academia di Belle Arti di Venezia; una *Virgen de Guadalupe* –la obra que firmó con su nombre–; y un autorretrato, anterior-

mente atribuido a Francisco de Goya por la similitud de su pincelada y recientemente adquirido en una subasta por el Banco Nacional de México, estos dos últimos de su colección. Ese autorretrato es el motivo de la exposición *Yo, María Guadalupe, pintora. Vuelvo a casa*, que se muestra, inéditamente, en el palacio que fuera la casa familiar de los condes, hoy Foro Valparaíso.

El registro inquisitorial del contenido del equipaje de Pedro de Moncada fue la última noticia que se tiene de él por muchos años, hasta que, fortuitamente, apareció mencionado en la correspondencia entre Lord Byron y su editor, John Murray. En una carta fechada el 15 de noviembre de 1817, Byron escribe:

“¿Recuerda mi mención, hace algunos meses, del marqués de Moncada –un distinguido español octogenario–, mi vecino en La Mira? Bueno, hace unas seis semanas, se enamoró de una chica veneciana de familia, y sin fortuna ni carácter; la llevó a su mansión, se peleó con los que fueron sus amigos por darle consejo (excepto conmigo, pues yo no le di ninguno) e instaló a su actual concubina y futura esposa y amante, de él y de su mobiliario. Al final de un mes, durante el cual degradó su salud todo lo que pudo, él descubrió, a través de unas cartas, que ella mantenía una relación con un antiguo guardia y, después de estar a punto de estrangularla, la echó de la casa, ante el gran escándalo de la ciudad y con tal prodigioso estilo, que ha ocupado todos los canales y los cafés en Venecia. Él dijo que ella quería envenenarlo; y ella dice –solo Dios sabe qué–, pero entre los dos han hecho un gran escándalo.”

A sus 78 años, con cientos de anécdotas por contar, pero una intolerancia que le valió la animadversión de sus amistades, Pedro se había establecido en aquel paraje veneciano por su cercanía con la finca familiar que todavía tenían en Livorno. Lo curioso es que terminó siendo vecino del escritor inglés; parece que el marqués no le pasó desapercibido, pues Byron lo inmortalizó, dos años después de la carta que le escribe a Murray, en el canto XXIV de su *Don Juan*.

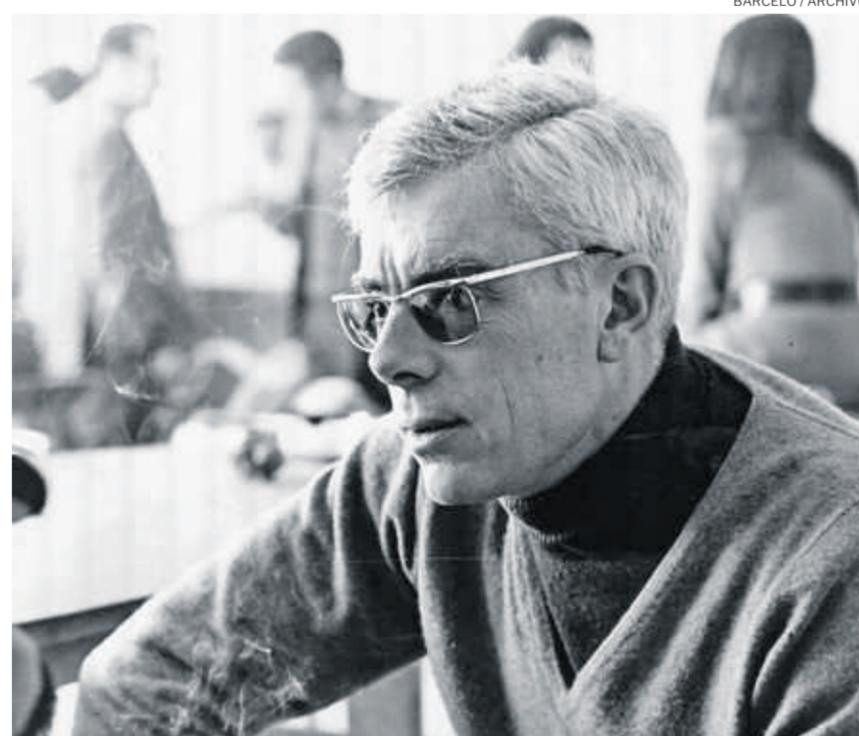
Emociona imaginar las veladas que pasaron conversando ambos personajes en una escena que bien podría ser parte de una novela o una película, en la que las vidas de ambos se encuentran por casualidad, a pesar de lo diferentes que fueron sus caminos. Moncada llamó la atención de Lord Byron porque era un hombre que fascinaba por su complejidad. No cabe duda de que fue un tipo atribulado por sus propias pasiones, tan sofisticadas como terrenales: la cultura, el conocimiento, el pensamiento crítico, las armas; el Caribe y las mujeres. Seduce también el misterio detrás de su personalidad y los rastros que dejó en tantas ciudades, en ambos lados del Atlántico, como si se tratara de piezas de un rompecabezas que hay que armar para comprender la importancia de su legado, el cual, aunque nunca lo supo, ha trascendido siglos y continentes.

En Ciudad de México, el palacio de Moncada, actualmente Palacio de Cultura Citibanamex, no solo lleva su nombre sino su firma, pues fue construido enteramente a su gusto. Y, recientemente, la adquisición del autorretrato de su hija, María Guadalupe Moncada y Berrio, también reafirma su presencia en estas tierras. En Barcelona, dos edificaciones vivas recuerdan el legado de esta familia: el monasterio de Pedralbes, con sus escudos de la casa de Moncada, y la antigua casa Gralla, en la calle de Portaferrissa –hoy, una tienda de ropa *vintage*–, la cual fue sede del archivo de las familias Moncada Aytona.

Nunca pensé volverme a encontrar, cara a cara, con un miembro de la familia que le dio nombre a la calle que recorría cada día, hace tantos años, pero la historia nos recuerda que vivimos en un vórtice de acontecimientos que regresan una y otra vez. Es cuestión de prestar atención a los detalles. /

A la derecha, el poeta, crítico y traductor Gabriel Ferrater

Gabriel Ferrater
Papers sobre literatura
Edicions 62
616 páginas
20,80 euros
Edición de Jordi Cornudella



ENSAYO

Poesía y literatura cortadas finas

Jordi Cornudella ha reunido en un volumen los textos de Gabriel Ferrater sobre literatura, con piezas fundamentales que reinterpretan la tradición catalana

JULIÀ GUILLAMON

Permítanme que empiece con una frase brillantísima del prólogo que Gabriel Ferrater (1922-1972) escribió para *Els lloms transparents* (1969) de J.V. Foix. Toma la idea de Carles Riba según la cual en Catalunya “les generacions literàries se succeeixen i es gasten molt de pressa” y explica que, de manera absurda, Maragall, Ors, Carner y Riba se han leído como representantes de diferentes generaciones. “Ni les millors màquines de tallar pernil cronològic no sabrien com subdividir unes llesques de temps tan primes”. Detrás de la ironía subyace una visión de la literatura: la historia cultural del país se ha construido con el piloto automático de la pereza. Y de ahí la persistencia de ideas –como la de generación literaria– que no funcionan. Encontramos otras imágenes como esta: cuando en 1968 le preguntan si cree en la poesía comprometida, responde que “els poetes tendeixen molt a allistar-se”; o cuando en el prólogo de *El procés* (1966) dice que Kafka es un escritor que toca con los pies en el suelo y que “és pot-ser una llàstima de destruir els contes amb què s’adormen els petits infants de Saint-Germain-des-Prés” (los existencialistas). Esta imaginación e ironía concretas son uno de los alicientes de *Papers sobre literatura*, que ha ampliado, triplicándolo, el volumen que Joan Ferraté editó en 1979 con el título de *Sobre literatura*. Jordi Cornudella ha preparado una edición impecable que es una obra de alta cultura.

En la nota inicial, Cornudella expone que la obra de Gabriel Ferrater es una construcción póstuma –ya saben que se suicidó a los cincuenta–, que el no se veía como crítico ni como estudioso de la literatura. En este sentido resulta significativo que el libro se abra con *Madame se meurt*, texto que publicó en 1953 en un número sobre literatura catalana de la revista *Ínsula*. La tesis de Ferrater es que la literatura catalana moderna ha estado vinculada, desde sus orígenes, a la poesía –en otro texto, a propósito de la muerte de

Carles Riba, lo dice con una de las imágenes que me gustan: “Una de las decencias que constituyen el exoesqueleto de la sociedad urbana catalana es el respeto y la estima por la poesía”–. Según Ferrater hay dos *renaixences*: la de 1830 y la de 1890, que representa un cambio de orientación hacia el realismo o –dicho de otra manera– hacia la sinceridad estilística. El problema, que no es exclusivo de la literatura catalana, es que este proyecto ha fracasado. Sin lectores, no hay literatura.

Cornudella apunta también que hay que diferenciar la ocurrencia circunstancial del apotegma (“Dicho breve, sentencioso y feliz, especialmente el que tiene celebridad por haberlo proferido o escrito alguna personalidad”, según la RAE). *Papers sobre literatura* respira una gran irregularidad. Las páginas sobre Carner, especialmente, son insuperables. Con lecturas finísimas, sorprendentes, cuando, por ejemplo, compara *Nabí* con *El Quijote* a la luz de una lectura freudiana del superego –Yahvé es el superego de Jonás y el Quijote, el superego de Sancho–. Las páginas que dedica a J.V. Foix son memorables, por la novedad y la profundidad, que trasciende la literatura. Ferrater considera que la obra de Foix habla de la crisis de la personalidad. Frente a la manía contemporánea de la construcción de un esti-

/ Les páginas sobre J.V. Foix son memorables, por la novedad y su profundidad, que trasciende la literatura

lo, Carner se objetiva y Foix los tiene todos. Una vez leído Ferrater no puedes acercarte a ninguno de los dos sin tenerlo en cuenta. Me ha entusiasmado –también en conexión con mucha literatura actual– la lectura de Maragall que “avorreix la llengua que sap i enyora una llengua que ignora”, con la sopa estilística correspondiente. *L'esquema de la literatura catalana contemporània* que escribió en 1958 para José María Valverde muestra de qué manera los lectores han superado los prejuicios de Ferrater (que echa por los suelos a Casellas, Víctor Català y Vinyoli). En cambio, tuvo la perspicacia de ver la grandeza de Ramon Raventós y de compararlo con Kafka, abriendo el camino a las relecturas de la tradición de los últimos años. /

Berenice Pardo Hernández es historiadora del arte, escritora y editora